

Los puentes militares, esa gloria que reclama la Artillería y que el cuerpo de Ingenieros quiere arrebatarse, están representados por diminutos ejemplares muy curiosos. La Artillería, bien se sabe, construye los puentes formados de pontones, especie de barcas que siguen á los ejércitos en carrmatos enganchados á los tiros. Los Ingenieros, al contrario, poseen el monopolio de los puentes edificados con los recursos de los países que se atraviesan, abrigando la esperanza de arrebatarse los pontones á la Artillería.

Entre tanto, el cuerpo de Ingenieros los fabrica nuevos, muy interesantes y bellos, particularmente los que deben reemplazar instantáneamente las obras del mismo género destruidas en las líneas férreas. Actualmente, los Ingenieros quieren los puentes, todos los puentes; en otro tiempo, en el Bercina, por boca de Chasseloup-Laubat, declinaron el honor de salvar el ejército.

Ocho días antes, en Orcha, hubo de ser quemado el material de puentes, como embarazoso y también para entregar los caballos á la artillería de campaña. El deber del cuerpo de Ingenieros era construir puentes con los recursos del país; y á su negativa, los artilleros pontoneros de Eblé se metieron en el agua y reemplazaron á los zapadores. Son estos grandes hechos que un ejército no olvida fácilmente. Comprendemos perfectamente el ahinco de los artilleros en conservar los pontones.

Los Ingenieros exhiben, por otra parte, cosas extraordinarias en la Explanada de los Inválidos, para consolarse con títulos reales. Los planos en relieve que han expuesto, especialmente el de Grenoble, del grupo de sus fortificaciones y de sus aproches, nos recuerdan los inmensos trabajos ya realizados en nuestra frontera del Este, desde Calais hasta Vintimille.

Los fuertes que rodean á Grenoble y permitirían á un ejército francés rehacerse, si se hubiera visto obligado á batirse en retirada de la frontera, son un espécimen muy notable de lo que se llama un campamento atrincherado.

En una sala precedente, hemos pasado por delante de un modelo reducido de una calle de fuerte.

Los defensores no están ya alojados en las casamatas blindadas, que puede fácilmente derribar la artillería del asaltante, habiéndoseles dejado abrigo en las profundidades de una calle á cielo abierto. Su abrigo es tal que los proyectiles del enemigo, cualquiera que sea su objetivo, no pueden penetrar en él. Cierto es que el soldado no estará allí tan bien acomodado como en un hotel de la avenida Friedland, pero podrá dormir tranquilamente y reparar las fatigas de una jornada de lucha.

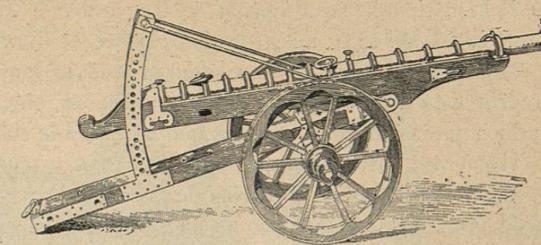
Recomiendo á los que hayan leído la relación del célebre sitio de Sebastopol, hecha por el mariscal Niel, que examinen con atención los diminutos armazones que representan los de los pozos y galerías de minas. Imagínese todo esto hundido en el suelo y ocupado por los zapadores con el pico en la mano y su linterna Davy colgada en las paredes del subterráneo, preparando su hornillo para dar fuego en el momento preciso, y se tendrá una idea aproximada de esta guerra de minas y contraminas.

La exposición de Ingenieros está muy bien provista de datos prácticos y técnicos. Hasta ha caído en un exceso de puerilidad, con ser arma facultativa y tan discreta y seria, mostrando columnas de soldados de plomo escalando mínimas murallas de cartón. Esto es sin duda bastante divertido, pero se parece más á juguetes infantiles que á trabajos serios. Es el inconveniente de las exhibiciones que pretenden probar demasiado.

Por eso, en un orden de hechos mucho más importantes, señalaremos la exposición de unas torrecillas de fortaleza, que son más bien modelos de ensayo que trabajos adop-

tados. No pudiendo dar á los vientos de la publicidad todos los descubrimientos é invenciones contemporáneas, se han acumulado multitud de objetos cuya mayor utilidad es formar número.

El arte de atacar y defender las plazas ha hecho inmensos progresos teóricos. Hemos tomado sucesivamente las de Argel, Am-



Cañón de Carlos el Temerario

beres, Constantina, Roma, Sebastopol, Puebla, y cada uno de estos sitios necesitó métodos especiales, nuevos y como adecuados á la situación política de la ciudad sitiada. Los jefes de ejército y sus jefes de artillería é ingenieros debieron inventar procedimientos de circunstancias.

Durante la guerra de 1870-1871, no pudo nunca el enemigo tomar por asalto una plaza resistente: aquellas de que se apoderaron fueron reducidas por hambre ó entregadas por falta de defensores. París mismo, París, ciudad política y no plaza de guerra, pudo resistirse mientras tuvo que comer, y el ejército enemigo no intentó una acción de fuerza contra sus obras avanzadas, limitándose á rechazar salidas más ó menos oportunas. Y París cayó, con sus murallas intactas, cuando hubo consumido su último bocado de pan.

Con muy numerosos ejércitos sucederá siempre lo mismo. Se hará el bloqueo de las plazas, pero no se tomarán nunca por asalto.

Y como las plazas están protegidas por campos atrincherados, tampoco habrá el recurso de intimidarlas con un bombardeo.

Esto quita muchos atractivos á las exposiciones retrospectivas de los antiguos métodos seguidos por los Ingenieros; pero constituyen la historia de nuestras glorias militares y debemos mirarlas con respeto.

No abandonaremos la Artillería ni el cuerpo de Ingenieros sin señalar la colección completísima de herramientas, y sobre todo, los especímenes de trabajos de campaña. Hay aquí materia para conferencias prácticas que deberían hacer los oficiales de cada arma una vez lo menos por semana; conferencias que completarían la educación militar de los franceses, bien descuidada, cuando se pasa de la escuela del soldado.

Viene ahora el Ministerio de Marina, el cual se ha expuesto, sobre todo, como navegante y como artillero. La construcción de navíos y los perfeccionamientos que se han introducido en arquitectura naval, no lo han preocupado seriamente, según parece.

Como navegante, ha presentado su magnífica colección de mapas marinos, que es sin duda la más completa y valiosa que pueda imaginarse. Por desgracia, no puede el público gozar estas riquezas; pero puede desfilarse por delante de una serie de volúmenes bien encuadernados, y con tal que sepa que todo lo que contienen es admirable, basta.

Ciertamente se mira con más curiosidad la varia y vistosa indumentaria de nuestros bravos marinos y audaces soldados de infantería de marina: los *Marsuins* y los *Bigorneaux*. Es un homenaje indirecto prestado á estas colecciones; porque sin nuestros marinos y soldados, hubiera sido imposible reunir tal suma de documentos, indispensables para navegar sin embarazo, con una simple brújula, por todas las latitudes de los mares.

Otro magnífico trabajo y muy reciente, por cierto, se ostenta en las paredes de las sa-

las de la marina: la carta ó mapa de las costas de Túnez, ha venido á completar, desde la expedición de 1881, nuestros datos sobre el litoral del Mediterráneo.

Mal que les pese á los que admiran todo lo que hacen los ingleses y los alemanes, Francia está á la cabeza de todas las naciones, en cuanto al establecimiento de mapas marinos, y más adelante veremos que no está á la cola en cuanto á mapas continentales.

Hubiérase querido agrupar tipos de barcos acorazados y de torpederos; pero faltaba espacio. La artillería de la marina de guerra, sobre todo, representada en las exposiciones particulares, no tiene tampoco un puesto enorme. El Ministerio de la calle Real, reconociendo la hospitalidad que le ofrecía el Ministerio de la calle de Santo Domingo y descontento acaso de no haber obtenido créditos especiales, ha sido muy reservado, tal vez demasiado.

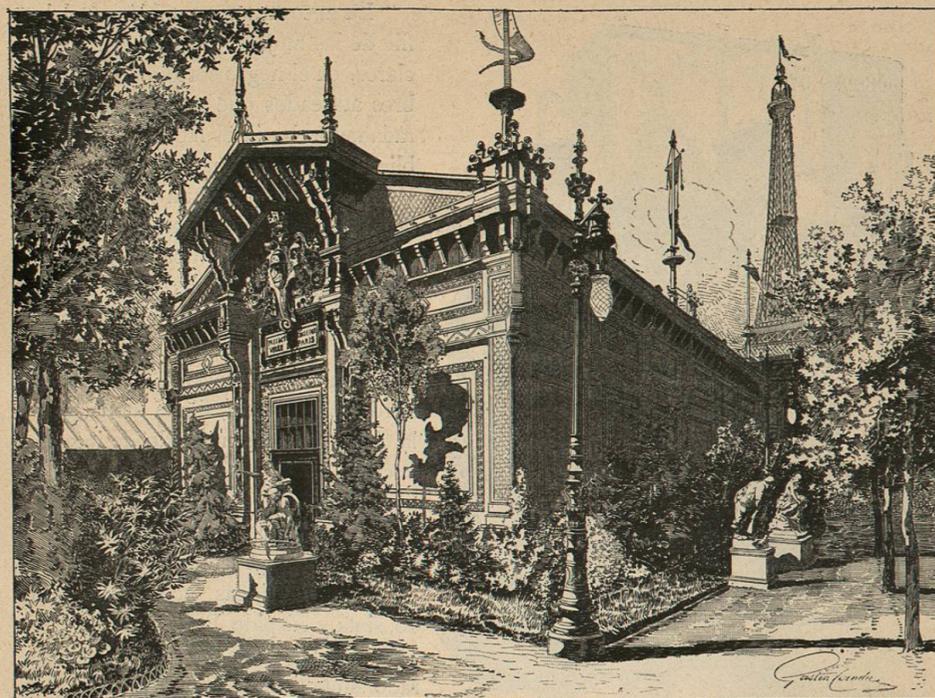
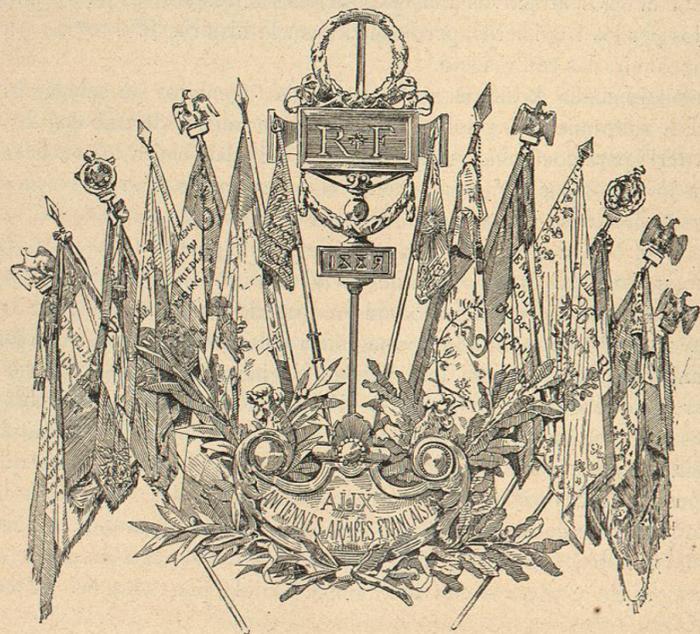
De otro modo, hubiera podido darnos un resumen de los trabajos y de los productos de su fábrica de fundición de Ruelle, mientras se ha contentado con producir una vista diorámica de su campo de experimentos de Saint Servan.

Lo que nos ha ofrecido es en verdad bien poco, en comparación de lo que le era posible hacer; pero se le han negado los medios, cuando se prodigaban á otros.

En esta primera visita, que hemos repetido muchas veces, hemos recogido siempre la misma impresión en la multitud, una admiración inconsciente por el cañón, por lo brutal. Aquí el instinto de la multitud es bueno y exacto: la victoria será para el general que sepa emplear más rápidamente en buena posición el mayor número de cañones, impidiendo así á la artillería del enemigo que tome estas ventajas.

JULIO RICHARD.

(Se continuará.)



Uno de los pabellones de la ciudad de París

LOS PABELLONES DE LA CIUDAD DE PARIS

Delante del dombo central y perpendicularmente al Palacio de las Industrias varias, se extienden dos abigarrados cobertizos sobre líneas paralelas reservando entre sí un vasto cespedal y un amplio acceso á la galería de los pórticos.

Se asegura que la exposición de la ciudad de París está en estos dos pabellones; pero ¿no es restringirla sobre manera? La exposición de la ciudad de París está allí, porque está en todas partes. Está en los recintos análogos del Trocadero, del Campo de Marte, de la Explanada de los Inválidos; está en la línea de los bulevares, en la intrincada red de las calles, en el curso del Sena, encuadrado de verdura, en las iglesias, en los palacios, en los casucos, en el viejo París, en el París nuevo, en la calle Rembrandt y en la calle Mouffetard, en la Butte-aux-Cailles, en el parque Monceau. Está en la cuenca de La Villette, prodigioso puerto interior cuyo tonelaje supera al de Marsella, el del Havre, el de Burdeos, y está igualmente en el estanque de las Tullerías, donde capitanes de seis años siguen desde la orilla la marcha aventurera de diminutas goletas. Llena el inmenso óvalo circunscrito por las fortificaciones.

Está en el vaivén de los hombres y de las cosas, en el sueño de las obras de arte acumuladas en el Louvre, en el museo de Cluny y en el de Luxemburgo, y en el gabinete de las Artes decorativas. ¿No está igualmente en el Mercado, en la Bolsa, en la Cámara, donde quiera que se vive, donde quiera que se grita?